

LA CUCHARA SABROSA DEL PROFESOR ZÍPER

A LA
ORILLA
DEL VIENTO



Primera edición, 2015
Primera edición FCE Argentina, 2015

Villoro, Juan

La cuchara sabrosa del profesor Zíper / Juan Villoro ;
ilustrado por Rafael Barajas. - 1a ed. ilustrada. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica,
2015.

136 p. : il. ; 19x15 cm. - (A la orilla del viento)

ISBN 978-987-719-093-9

1. Literatura infantil. I. Barajas, Rafael, illus. II. Título.

CDD M863.9282

Distribución mundial

© 2015, Juan Villoro por el texto
© 2015, Rafael Barajas, *El Fisgón*, por las ilustraciones

D.R. © 2015, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227, Bosques
del Pedregal, C. P. 14738, México, D.F.
Empres certificada iso 9001:2008
www.fondodeculturaeconomica.com

Fondo de Cultura Económica Argentina, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Colección dirigida por Socorro Venegas
Edición: Angélica Antonio Monroy
Diseño: Miguel Venegas Geffroy

Comentarios y sugerencias: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin la anuencia por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN México: 978-607-16-3201-2
ISBN Argentina: 978-987-719-093-9

Impreso en Argentina • *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

LA CUCHARA SABROSA DEL PROFESOR ZÍPER

JUAN VILLORO



ilustrado por
RAFAEL BARAJAS, *EL FISGÓN*

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Índice

Las pecas son independientes	9
La lechuga sabe a camisa	17
Un laberinto de telarañas	28
Es bueno soportar lo que odias	37
El bosque de los árboles doblados	43
¿Cómo se ofende una alcachofa?	52
La voluntad de las plantas	57
Las delicias del Dragón Amarillo	62
Diabetes Crónica	69
“La verdad es roja y redonda”	76
“¡Todos somos brócolis!”	82
Gran concurso de cocineros	92
Asqueroso puré verde	99
Prodigios de lo dulce y lo salado	105
Brócoli hervido	117
La cuchara sabrosa	123
La segunda cuchara	126



Las pecas son independientes

El mundo puede dar muchas sorpresas. Una de las más asombrosas ocurrió el día en que Gonzo Luque, baterista del grupo de rock Nube Líquida, se puso a dieta.

La historia de esa peculiar decisión es un poco larga, pero vale la pena contarla.

El músico que aporreaba tambores chicos, medianos, grandes y colosales era famoso por dedicar todo su tiempo libre a comer.

“¡Soy una máquina de convertir calorías en ritmo!”, decía para justificar las raciones de pizzas y pollos rostizados que le daban fuerza para golpear su instrumento.

Gonzo Luque tenía el poderoso pecho de un atleta de los redobles, los hombros anchos de quien acostumbra cargar una batería y la quijada decidida con que los grandes dibujantes trazan a los héroes de acción.

“Una persona triste puede tocar la flauta, una persona aburrida puede tocar el triángulo, una persona nerviosa puede tocar el violín, pero sólo alguien con fabulosa energía puede tocar mis tambores”, explicaba, estableciendo una clara relación entre sus redobles y su consumo de comida chatarra.

Y es que a Gonzo no le gustaba otra cosa. Despreciaba las deprimentes ensaladas, recomendables para las vacas y otros ruminantes de mirada aburrida, y sólo comía frutas si estaban escondidas bajo una montaña de helado.

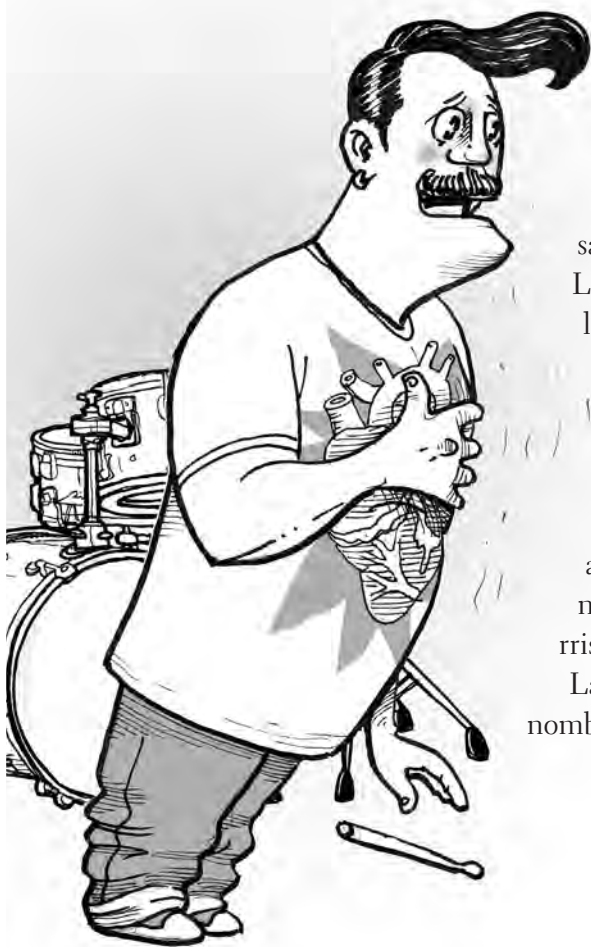
Pero al célebre rockero le pasó lo que a tantas personas a las que de pronto el corazón les late más rápido. Terminó el concierto con un solo de batería

de veinte minutos, resopló como un búfalo y de repente sintió que tenía una liebre en el pecho.

Su primera reacción fue pensar que le estaba dando un infarto. Luego recuperó la respiración, se limpió el sudor que le empañaba la vista y descubrió la causa de su taquicardia: durante todo el concierto, una chica había estado cerca de sus tambores.

Se trataba de Cindy Buendía, amiga de infancia de los hermanos Ricky y Pablo Coyote, guitarristas de Nube Líquida.

La chica que respondía al peculiar nombre de Cindy había conseguido



un pase especial para visitar los camerinos y oír el concierto desde el escenario. Nunca había mostrado afición por el rock, pero cada vez que veía a sus amigos Ricky y Pablo en la televisión, se quedaba fascinada por el corpulento baterista. Aquel músico de gran mostacho y brazos de atleta le recordaba algo muy especial, pero no sabía de qué se trataba. Era como si lo hubiese conocido en otra vida y de pronto volviera a verlo.

Como invitada especial, Cindy tenía derecho a comer del bufet de las cuatrocientas galletas, pero no probó ninguna. Durante las tres horas de música, no hizo otra cosa que contemplar al formidable Gonzo Luque.

Los ojos de Cindy delataban sus pensamientos: había descubierto que un hombre que le pega con fantástica pasión a sus tambores tenía que ser muy sincero, incapaz de decir mentiras. “¿A quién me recuerda?”, se preguntaba la chica, cada vez más cautivada por el músico.

En cuanto a Gonzo, como ya se dijo, el corazón habló por él. Después del último compás del concierto, un ayudante le aventó una toalla para que se secara el sudor y él advirtió que los redobles seguían, pero dentro de su cuerpo.

Cindy Buendía lo miraba con ojos castaños, de un brillo especial, en los que podían



distinguirse cuatro palabras, dos por cada ojo: “El amor es intenso”.

Una vieja fórmula científica asegura que “los opuestos se atraen”. Esto no siempre es cierto. Si fuera así, todas las resfriadas tendrían novios sanos y todos los gigantes, novias enanas.

Pero a veces sucede que el caprichoso ser humano se enamora de una persona muy diferente de él. Todo esto lleva a una pregunta: ¿quién diablos era Cindy Buendía?

Además de conocer a Pablo y Ricky Coyote desde la infancia, la chica en cuestión tenía una belleza singular. Uno de los misterios de la humanidad es que hay lugares donde la gente es guapa del mismo modo: las chicas de Guadalajara tienen ojos hermosos; los hombres de Grecia, una nariz formidable; las eslovenas, piernas espléndidas; los italianos, sonrisa de adorables tramposos, y las polacas, un cabello dorado tan atractivo que hace olvidar su tremendo carácter.

Pero hay bellezas aún más regionales: en la Privada Eugenia de la calle Eugenia, número 25, colonia Del Valle, ciudad de México, código postal 03100, había ocho casas. Nadie sabía por qué, pero todas las chicas que nacían en las casas con números impares tenían una delicada piel color avena, el cabello ideal para hacer largas trenzas, las pecas más sutiles del mundo y una sonrisa que, definitivamente, mejoraba la vida.

Cindy Buendía había nacido en la casa 3 de la Privada Eugenia.

Gonzo Luque bajó de su banquillo de baterista y ella le dijo la frase más inesperada de la noche:

—Odio el rock, pero tu nariz es simpática.

—Se hace lo que se puede —contestó Gonzo, sin saber qué más decir.

—¿Te has fijado en las basuritas que flotan en la luz de los reflectores? —preguntó la chica.

La verdad sea dicha, Gonzo jamás se había fijado en eso. Tocaba con la mirada baja, concentrado en sus percusiones.

Alzó la vista y vio miles de corpúsculos flotar en el aire. Aquello parecía polvo de estrellas. Recordó la tarde en que su padre lo llevó al planetario y vio una reproducción de la bóveda celeste. Los astros del universo vinieron a su mente y estuvo a punto de llorar (Gonzo Luque era tan sentimental que no podía ver la sonrisa de un delfín sin que le saltaran las lágrimas).

Le costó trabajo contener el llanto ante el polvo luminoso que rodeaba los reflectores, suspendido en el aire como una galaxia, y dijo:

—¡Es tan bonito!

La frase no era muy inspirada.



—Debes estar cansado —contestó Cindy, muy comprensiva—. No te preocupes, no te preguntaré cuál es tu postura ante la situación política internacional.

Gonzo no tenía ninguna postura política. Quien hablaba de esos temas en nombre del grupo era Ricky Coyote, que leía periódicos en internet y se asesoraba con su hermano Pablo.

Y aquí viene otro contraste entre Gonzo Luque y Cindy Buendía. Durante diez años seguidos, el baterista había dedicado todo su tiempo laboral a pegarle a los tambores y todo su tiempo libre a comer. En ese mismo lapso, la chica de la Privada Eugenia, número 25, casa 3, se había dedicado a estudiar y a buscar una vida mejor. ¿Qué significaba eso?

Gonzo invitó a Cindy al bufet de las cuatrocientas galletas, dispuesto a probar unas cien variedades y en especial la de *cocoa-crunchy*. Mientras él mordía galletas de diferentes sabores, ella le dijo que acababa de conseguir trabajo en un hospital, cuidando la dieta de la gente.

El baterista la vio con un poco de miedo y le dijo:

—La palabra “dieta” no me parece muy positiva.

—El planeta Tierra se está volviendo loco —dijo Cindy—: mucha gente come demasiado y mucha gente no tiene qué comer.

El baterista de Nube Líquida había ido de gira a los más diversos países y conocido a varios presidentes y jefes de tribus. Sin embargo, no sabía cómo responder a las grandes preguntas de los periodistas: ¿Cómo apagar los incendios que destruyen las

servas?, ¿cómo impedir el maltrato de los niños en las escuelas?, ¿cómo evitar los daños causados por el azúcar?, ¿cómo conseguir un centro delantero para la selección nacional?

En la mesa de las galletas, no encontró palabras para justificar su apetito. Lo único que se le ocurrió fue decir:

—Si las migajas no fueran tan sabrosas, no comería tantas galletas.

—El problema no es comer, sino comer demasiado. El estómago no es un barril sin fondo.

—Gracias por fijarte en mi querida panza. Ahora hablemos de ti.

A continuación, el fornido músico de Nube Líquida se enteró de la extraña profesión de Cindy y de la no menos extraña actividad a la que dedicaba su tiempo libre. Ella declaró ser “nutrióloga y feminista” (“nutrióloga” era su trabajo y “feminista” su pasión, que ella llamó “militancia”).

—Claro, ya me lo imaginaba —comentó Gonzo sin saber a qué se refería ella.

—¿Por qué lo imaginabas?

—Por tu piel color avena, que parece muy nutrióloga, y por tus pecas, que son muy femeninas.

—¡Dije *feminista*, no *femenina*! Una mujer feminista es alguien independiente.

—Es lo que quise decir: ¡tus pecas son independientes unas de otras!

—Qué tarado eres —sonrió ella.

Aunque se trataba de una crítica, las palabras fueron pronunciadas en un tono que para Gonzo fue el más musical de la noche.

Algo raro sucedía: la chica había pronunciado la palabra más terrible del diccionario —“dieta”— y no por ello dejó de parecerle maravillosa. También le gustó que le dijera “tarado” con tanto cariño.

Por su parte, ella admiró la franqueza con la que él golpeaba los tambores y, al estar a su lado, se sintió como cuando era niña y alguien bueno y fuerte podía protegerla.

Gonzo quiso invitar a Cindy a la fiesta de fin de gira, pero ella tenía que irse. Llamó un taxi por celular y se despidió de este modo:

—Si me dan ganas de ver tu nariz, le pediré tu teléfono a Ricky.

Gonzo Luque la vio subir a un taxi color chicle bomba y desaparecer rumbo a las negras calles de la ciudad.

Su enorme corazón de baterista no dejaba de latir.